

EL PERFUME

Lema: Ruiz de la Muela

Se maquilló, se colocó un vestido de punto que realzaba su figura y zapatos de tacón. Cogió el autobús, la línea 22, que la conducía directamente al centro de la ciudad. Quería encontrar el aroma que más podía recordarle a su pareja en el pasado. Odiaba el olor que ahora desprendía. Su hombre, como le gustaba que ella le llamase, tenía dos caras bien distintas, una la de dócil y abnegado compañero y otra, totalmente opuesta, la de un ser agresivo y violento. Recordó esas escasas caricias recibidas, las guardaba, como el mayor de los tesoros, dentro de su corazón. Sí, debía centrarse en lo bueno, lo otro era una mala racha que suelen pasar todas las parejas. Probó algunas de las fragancias en sus muñecas, otras en los antebrazos pero no terminaba de decidirse por ninguna de ellas y no era cuestión de presupuesto ya que no podía poner precio a su felicidad. Estaba obsesionada por encontrar el aroma, el olor, que correspondiera al estado de placidez y sosiego de su hombre. Le costaba decidirse porque a todos los perfumes les sacaba algún defecto. Quería hallar un equilibrio de fragancias para conseguir la armonía en su relación. Por fin encontró el olor que ansiaba. Perdió la noción del tiempo en sus compras, tardó quizás más de lo que esperaba pero se sentía feliz. Llegó muy contenta e ilusionada a casa. Su hombre la esperaba con gesto serio. ¿Qué horas son estas de venir? ¿Dónde has estado toda la tarde?, le increpó el marido. No le contestó. No quería desvelar el porqué de su tardanza ya que ese regalo estaba destinado para festejar su tercer aniversario de casados y para eso aún faltaban tres días. Fue a visitar a mi prima Loles al hospital y perdí la noción del tiempo, improvisó. Se acercó a ella en silencio, la examinó y sin mediar palabra le dio un fuerte puñetazo que la tiró al suelo. Hueles a hombre, ¡puta!, le gritó. No pudo dormir en toda la noche. Al despertar el alba ella se levantó, preparó el desayuno a su marido y lo estuvo observando hasta que traspasó la puerta. Después se maquilló el moratón de su mejilla, se pintó un poquito. Se puso una camisa estampada en tonos ocres que le gustaba especialmente, una falda marrón ceñida a sus torneadas piernas que realzaba su figura y, su gran aliado, el abrigo color camel que combinaba con todo. Salió a la calle, tiró el regalo, en el que había depositado todas sus esperanzas, al primer contenedor de basura que encontró y se sentó en la parada del autobús para no saber qué línea debía coger.